



Cicerón: la voz juiciosa del Imperio Romano

La historia se ha construido con la lucha por preservar los derechos humanos para una amplia toma de conciencia colectiva. En este pasaje Marco Tulio Cicerón marca la diferencia que existe entre la ética de la convicción y la ética de la responsabilidad, aseverando los valores que deben ponerse en práctica en la realidad: la moderación, la nobleza y una ética política. El ser humano que “sabe” tiene mayores posibilidades de defenderse ante los abusos, basado en el ejercicio de la virtud.

La noción capital que nos aporta Marco Tulio Cicerón, es que a partir de la presencia del ciudadano en la historia, es decir, los acontecimientos cotidianos, se produce en el devenir de los tiempos una doble posibilidad: la de estar dentro o estar fuera de los derechos individuales y colectivos.

Esta posibilidad crea una conciencia distinta en cuanto calibra la importancia de pertenecer a una democracia más justa y abierta a las distintas corrientes del pensamiento o permanecer al margen de la clara universalidad que demanda un mayor rigor humanista.

Quedarse fuera del círculo evolutivo significaría: hombre, sólo eres un hombre. Por lo tanto trabaja, sufre y muere. Incluso se te prohíbe comunicarte con tus semejantes. La multiplicidad y la confusión contemporánea, de esta manera, serán los símbolos de tu impotencia.

Sin embargo, a través de Marco Tulio Cicerón quizá podemos comprender mejor al hombre y su mentalidad, si nos arriesgamos por caminos no transitados hasta ahora: la comprensión del “otro” por medio del diálogo inteligente.

Marco Tulio Cicerón (106-43 a. C.)

Destacó desde muy joven como orador y como abogado, iniciando una brillante carrera política que le llevó al consulado, combatiendo y aplastando la famosa conjuración de Catalina. Cuando estalla la guerra civil entre César y Pompeyo, se decide no sin vacilaciones, por el último. Al ser vencido éste en Farsalia, Cicerón combate contra la dictadura de César, primero y la de Marco Antonio después, siendo perseguido y asesinado por los soldados de éste.

Marco Tulio Cicerón poseyó un gran temperamento como hombre público y como intelectual. Como hombre público fue un espíritu honrado, amigo de la justicia y de la libertad, pero demasiado vanidoso y vehemente. Como pensador fue uno de los escritores más cultos de su tiempo. El mismo dualismo de su carácter está en su obra: Como hombre público tiene todos sus discursos, modelos en la historia de la elocuencia, ya de carácter jurídico, como Pro Roscio (defensa de un actor llamado así), Pro Archia (en el que demuestra que este gran poeta, sólo por serlo, tenía derecho a la ciudadanía), etc.; ya de carácter político, como las famosas Catilinas, oraciones pronunciadas cuando se produjo la conjuración ya citada; Las Verrinas (contra Verres, propretor de Sicilia) y las Filípicas, en las que usando el título de Demóstenes, arremetió contra la dictadura de Marco Antonio. Como filósofo Marco Tulio Cicerón es un buen defensor del deber moral y es, más bien, un idealista religioso que combate el epicureísmo y cree en la inmortalidad del alma. Obras: De la naturaleza de los dioses, De la vejez, De la Amistad.

Cicerón, sin duda le tocó vivir una época de esplendor del Imperio Romano, era respetado como pensador, como orador y como escritor, sin embargo, sus ideas políticas al tomar partido hicieron que le costara la vida, esos riesgos todavía existen por más de dos mil años ¿cuál cree que debe ser la ética del intelectual contemporáneo?

Creo que en Roma había entre los pensadores discusiones apasionadas acerca de la vocación y ustedes por desgracia la han perdido, ya ni siquiera se acusan de haberla traicionado. La obligación del intelectual es decir la verdad, alegar por lo justo, defender los valores universales sin preocuparse por las consecuencias de sus propósitos y de sus actos. Es sin remedio, ser un maestro moral. Mi crítica es que los que piensan, en los combates dudosos, es decir en la mayor parte de los combates políticos, buscan lo preferible. El intelectual se esfuerza por comprender los argumentos de unos y otros y no duda en tomar partido, sin abandonarse a la ilusión de que en cada caso él encarna los valores eternos.

Ya desde entonces con mi actitud sabía que uno debe asumir una ética de la convicción, con la ética de la responsabilidad. Existen en todas las democracias intelectuales que obedecen sólo a la ética de la convicción. A veces, incluso, su rebeldía moral contra la política de su país los hace a medias ciegos: no ven más que las faltas de su país y se niegan a ver las del país adversario.

¿Qué podemos exigir, en las circunstancias actuales, con base a mi experiencia, a los ciudadanos intelectuales que creen obedecer a su convicción y a sus obligaciones de ciudadanos? Yo les pediría en principio la modestia. Por más extraordinarios que sean sus méritos, un funcionario, un juez, un abogado, no detentan por ese sólo hecho, una superioridad evidente cuando los problemas planteados conciernen a la gestión del país.

La segunda demanda que pediría a mis colegas intelectuales es la de la coherencia y la claridad moral para consigo mismos y los otros. Quien se ha suscrito a una ética de la responsabilidad debe juzgar las iniciativas de su gobierno en función de los objetivos precisos y los medios que se exigen para alcanzarlos. Si el objetivo se reconoce como legítimo, queda por juzgar si los medios empleados son moralmente aceptables, y los menos costosos en perjuicio de los seres humanos.

Quien se adhiere sólo a una ética de la convicción rechazará esta dialéctica de la estrategia. Pero debe evitar caer en la trampa en que cayeron tantos intelectuales gloriosos: en rebeldía contra las injusticias de su sociedad, terminaron por no ver las torpezas, mucho peores, del régimen opuesto.

El último llamado que yo haría a mis colegas es a la moderación. La nobleza y la fragilidad de la democracia consisten en que tolera en el interior de sí misma las opiniones de sus enemigos. Criticándola, los intelectuales corren el riesgo

de debilitar su gobierno. Ese es un riesgo que las democracias no dudan en asumir porque tienen fe en la fuerza última de los regímenes de libertad. Por los cuestionamientos que formulan sus representantes legítimos, los ciudadanos dan testimonio de su fuerza. También, y por medio de la moderación y de su sentido de la unidad nacional, dan testimonio de su sabiduría²².

Cicerón, usted parece aseverar que la ética es algo personal y ello nos lleva a una postura que es radical, individualista, le recuerdo que el ciudadano no vive en una isla y el yo no existe sin el nosotros.

Lo que afirmo es que el sujeto de la ética es personal, me entiende, o sea que son las personas las que realizan acciones morales e inmorales, no las sociedades. Como es obvio, la ética es una actitud personal dirigida a valorar y afrontar nuestros deberes sociales. Para darle un ejemplo más cercano a su experiencia, Robinson Crusoe no necesita la ética para nada hasta que no se encuentra con Viernes²³. El yo no existe sin el nosotros, como usted lo señala, pero nadie es moral por otro, es decir sólo el yo es el sujeto de actos morales, sin esconderse en ningún nosotros, esto también es coherencia, con respecto a la responsabilidad que uno debe tener con sus acciones.

Por ello, los dirigentes de un pueblo deben conocer básicamente lo que es una ética-política...

Con Polibio, en el siglo II a. C, se toma en cuenta el crecimiento expansivo de Roma y la formación de una ecúmene dirigida por la fuerza rectora de los romanos, la ética para tener interés, debe ser universal, no ocuparse de un solo grupo, sino de todos los conocidos. Por otra parte, debe ahondar más en la explicación de los hechos y no presentarlos como algo accidental, sujetos al azar, sino que es una conducta consciente, como obra de los hombres que los han querido por determinadas razones.

Con los pensadores romanos la ética va a tomar un nuevo sentido. La importancia que Roma cobró como cabeza y árbitro del mundo, la necesidad de justificar su

²² Esto es fundamental, porque es sabido de pueblos con un gran pasado cultural, pero mayoritariamente incivilizados.

²³ Todos los problemas de tipo pedagógico de Robinson Crusoe no aparecen visibles a los lectores adolescentes a los que este libro se dirige actualmente. La peripecia del extraño colono, su extrema voluntad de sobrevivir, su astucia y su diligencia, su tenaz y organizada existencia, es lo que atrae en primer término, así como el elemento exótico, tan importante en la literatura europea del siglo XVIII. Por debajo de todo ello late el problema de la soledad del hombre, y el acondicionamiento de que es capaz, como lo determina el extraño terror que experimenta Robinson cuando descubre, en la isla, que él cree desierta, la huella de un pie humano...

presencia en todos los ámbitos, llevó a los filósofos a postular la idea de que los diversos pueblos existentes antes de ella y su historia, no eran sino jornadas de un desarrollo corolario de Roma. Por ello mismo señalé que la experiencia ética es la maestra de la vida, no sólo la historia.

En la labor de engrandecimiento y expansión de Roma, participaron muchos hombres, algunos de los cuales, ávidos de poder y ambiciosos, al mismo tiempo que describían las victorias de las legiones romanas, señalaban que esos triunfos eran debidos a su acción ética y moral personal, a su valerosa actuación. Surge así una ética personal, una porción de autobiografía o memorias que tratan de hacer resaltar una conducta. Aquí el hombre escribe su propia ética y menciona la participación que él tiene en las acciones de sus semejantes. Hasta antes de Julio César y sus diversos Comentarios, no existía este tipo ético²⁴.

Salustio, a quien el propio César había protegido, dolorido del rumbo que la sociedad romana tomaba: lujo, corrupción, placeres, trata de detenerlo poniendo a la consideración de todos los nobles ejemplos de varones virtuosos cuya vida, afirma, debe imitarse. La suya es una historia moralizante que intenta, a partir de nobles actos humanos, evitar la realización de los malos. El hombre mismo como ejemplo para otros hombres es el sujeto de la ética.

Yo también, en el siglo I a. C., ante la decadencia que ya anunciaba Salustio, traté de emplear la ética, usarla como algo práctico, y para ello, pensé que debía conferírsele un riguroso significado y un método. Al igual que el Derecho Romano, ejemplo de lucidez, de exactitud y rigor, y rico en contenido conceptual y filosófico, en fin, yo traté de rigorizar la ética.

Con modestia lo digo, a mí se me debe una definición de la historia, que quisiera parafrasearla hacia la ética, porque ése era el sentido de conocer la historia, experimentar y reconocer el valor ético: 'testigo de los tiempos, luz de la verdad, vida de la memoria, maestro de la vida y mensajero de la Antigüedad'.

Esta tendencia a moralizar las costumbres, cada día más corrompidas, llevó a Tito Livio a emplear la ética con este fin. Para él, ella debía ser fuente de educación patriótica y de enseñanza de las virtudes cívicas.

Tácito, más adelante, ya no presenta únicamente modelos de valores, sino que ante el aumento de los males, cree que es necesario que la historia misma se

²⁴ Julio César es actor y autor de su Historia. Primero la construyó con su espada y su intuición genial de militar y político, y luego, cumpliendo el trámite que obligaba a los generales romanos, escribió los comentarios de sus campañas militares, creando un monumento no menor del que había levantado con su espada. Habla de él en tercera persona y no exagera el elogio, puesto que la propia brillantez de sus hazañas le daba la gloria pre-fabricada.

ocupe de quienes cometen actos reprobables y los condene. Lamentablemente no contaba con que los pueblos son muy rápidos para olvidar la impunidad. Él creía que la historia debía actuar como un tribunal implacable, pues su 'principal objeto es no silenciar las virtudes y despertar el miedo a la reprobación de la posteridad para las acciones y los dichos malvados'.

Lo más trascendente de Tácito es que no se encarga sólo de narrar los hechos malos de los hombres, sino también de buscar las recónditas razones de ese actuar. En su afán va a penetrar certeramente en el alma humana, y a dejarnos sorprendentes relaciones en torno a ella, como anteriormente no se había hecho.

Por lo que dice, ética, valores e historia siempre van de la mano...

Así es, dentro de ese anhelo pragmático de moralización, encontramos a otro historiador que, sin ser el primero que escribía una biografía con el sentido completo como ustedes lo conciben hoy, sí es quien lleva la historia de la vida de una persona a su más alta perfección. Plutarco, de origen griego, redacta cincuenta biografías, la mitad de griegos y la mitad de romanos distinguidos, por sus virtudes, por la nobleza de su existir, si usted quiere aprender valores y ética, ellos son los ejemplos.

Suetonio, en cambio, ya en el primer siglo de vuestra era, sigue el consejo de Tácito y al escribir sus Doce Césares, narra la vida disoluta y reprobable de los gobernantes, constituyéndose en juez de ellos, en su acusador.

El fin del Imperio romano, el desorden y el caos que surgieron a la caída de la metrópoli, provocó, además de confusión, una profunda reflexión en torno de ese hecho. Destruído el paganismo, los cristianos explicaron la desaparición de un mundo que parecía incommovible, gracias a la única realidad auténtica, según ellos, Dios, que usted, según intuyo abordará más adelante²⁵.

Usted que conoció por dentro al Imperio Romano y a la luz de los siglos vio desenvolverse distintas formas de gobierno ¿cuál es o debería ser la función del Estado?

El Estado nación existe para defender a los hombres de los hombres. Sí, porque la abolición del Estado nos haría regresar a la discordia civil perpetua, ¿cómo evitar

²⁵ Al producirse el hundimiento definitivo del Imperio Romano de Occidente, la grandiosa unidad política forjada por el genio político y militar de Roma desaparece para dejar paso a una serie de reinos administrados por los pueblos bárbaros del norte. La antigua población romana queda sojuzgada por los vencedores; pero, bien pronto, la superior cultura de aquélla se impone, y el mundo germánico acepta la religión cristiana y la lengua y la cultura de Roma.

la guerra? Desde su aparición sobre la tierra, los Estados combaten entre ellos. No es extraño, así, que la aspiración hacia la paz universal se haya confundido a veces con el sueño de un Estado universal y sin rivales²⁶.

El remedio no es menos irrealizable que el de la supresión del Estado y quizá sea más peligroso. La paz que resultaría de la imposición de la misma voluntad sobre todas las naciones, incluso si esa voluntad fuese la de la ley impersonal, no tardaría en degenerar en uniformidad y repetición, máscaras de la esterilidad. Mientras la abolición del Estado nos condenaría a la guerra perpetua entre las facciones y los individuos, la fundación de un Estado único se traduciría en la servidumbre universal y en la muerte del espíritu.

Por fortuna la experiencia histórica ha disipado esa quimera...

No hay ejemplos de una sociedad histórica sin Estado; sí hay, y muchos, de grandes imperios que han perseguido la dominación universal. La suerte de todos los grandes imperios nos avisa que ese sueño no sólo es irrealizable, sino, sobre todo funesto. El comienzo de los imperios es semejante: la conquista y el despojo; su fin también lo es: la disgregación, la desmembración. Los imperios están condenados a la dispersión como las ortodoxias y las ideologías a los cismas y a las escisiones. Por lo tanto la función del Estado es doble y contradictoria. Preserva la paz y desata la guerra. Esta ambigüedad es la de los seres humanos. Individuos, grupos, clases, naciones y gobiernos, todos estamos condenados a la divergencia, la disputa y la querrela; también estamos condenados al diálogo y a la negociación.

Hay una diferencia, sin embargo, entre la sociedad civil, compuesta por individuos y grupos, y la sociedad internacional de los Estados. En la primera, las controversias se resuelven por la voluntad mutua de los querellantes o por la autoridad de la ley y del gobierno, en la segunda, lo único que cuenta realmente es la voluntad de los gobiernos.

Cicerón, ¿no cree que hay una hegemonía actualmente del país más poderoso del mundo, aunque sea por medio de presiones económicas?

La naturaleza misma de la sociedad internacional impide la existencia de una autoridad superestatal efectiva. Ustedes lo experimentaron con las guerras actuales en Irak y otros sitios. Ningún órgano internacional dispone de la fuerza necesaria para preservar la paz o para castigar a los agresores; son asambleas deliberativas, útiles para negociar pero tienen el defecto de convertirse fácilmente

²⁶ La interpretación errónea o conveniente a la política de un Estado superior, basado en una raza y en un Estado Universal, ha sido el nazismo, cuyos sedimentos disfrazados en gobiernos totalitarios se encuentran degradando al humanismo de nuestro tiempo.

en teatro de propagandistas y demagogos. El poder de hacer la guerra o la paz compete esencialmente a los gobiernos. Ciertamente, no es un poder absoluto: aún las tiranías, antes de lanzarse a una guerra, deben contar en mayor o menor grado con la opinión y el sentimiento popular. En las sociedades abiertas y democráticas, en las que los gobiernos deben dar cuenta periódicamente de sus actos y en las que existe una oposición legal, es más difícil llevar una política guerrera.

Kant, dijo que las monarquías son más propensas a la guerra que las repúblicas, pues en las primeras el soberano considera al Estado como su propiedad, lo que sucede es que ahora ya no hay monarquías poderosas.

Naturalmente, también, por sí solo el régimen democrático no es una garantía de paz, según lo prueban, entre otros, la Atenas de Pericles y la Francia de la Revolución. La democracia está expuesta como otros sistemas políticos a la influencia nefasta de los nacionalismos y las otras ideologías violentas. Sin embargo, la superioridad de la democracia en esta materia, como en tantas otras, para mí es irrefutable: la guerra y la paz son asuntos sobre los que todos tenemos no sólo el derecho sino el deber de opinar.

Le he mencionado la influencia adversa de las ideologías nacionalistas, intolerantes y exclusivistas sobre la paz. Su malignidad se multiplica cuando dejan de ser la creencia de una secta o de un partido y se instituyen en la doctrina de una Iglesia o de un Estado. La aspiración hacia lo absoluto – siempre inalcanzable- es una pasión sublime, pero creernos dueños de la verdad absoluta nos degrada: vemos en cada ser que piensa de una manera distinta a la nuestra un monstruo y una amenaza y así nos convertimos, nosotros mismos, en monstruos y en amenazas de nuestros semejantes.

Si nuestra creencia se convierte en el dogma de una Iglesia o de un Estado, los extraños se vuelven excepciones abominables: son los otros, los heterodoxos, a los que hay que convertir o exterminar. Por último, si hay fusión entre la Iglesia y el Estado, como ocurrió en otras épocas, o si un Estado se autoproclama el propietario de la ciencia y la historia, como sucede en este siglo XXI, que ustedes viven, aparecen inmediatamente las nociones de cruzada, guerra santa y sus equivalentes modernos, tantas guerras como necesidades haya. Porque los Estados ideológicos son por naturaleza belicosos. Lo son por partida doble: por la intolerancia de sus doctrinas y por la disciplina militar de sus élites y grupos dirigentes. Nupcias contranaturales del convento y el cuartel.

El diálogo como principio y fin ético es de gran valor para el hombre contemporáneo, rescatarlo debe ser una necesidad primordial.

Sí, creo que estas reflexiones a las que usted me ha llevado, pueden condensarse así: en su expresión más simple y esencial, la democracia es diálogo y el diálogo

abre las puertas de la paz. Sólo si defendemos a la democracia estaremos en posibilidad de preservar la paz. De este principio se derivan, a mi juicio, otros tres. El primero es buscar sin cesar el diálogo con el adversario. Ese diálogo exige, simultáneamente, firmeza y ductibilidad, flexibilidad y solidez. El segundo es no ceder ni a la tentación del no creer en nada ni a la intimidación del terror. La libertad no está antes de la paz, pero tampoco está después: son indisolubles. Separarlas es ceder al chantaje totalitario y, al fin, perder una y otra. El tercero es reconocer que la defensa de la democracia en el país de origen, es inseparable de la solidaridad con aquellos que luchan por ella en los países totalitarios o bajo las tiranías en cualquier continente. Al luchar por la democracia, los disidentes luchan por la paz, luchan por nosotros.

El poeta Holderlin dijo: desde que somos un diálogo y podemos oírnos los unos a los otros. Holderlin ve a la historia como un diálogo. Sin embargo, una y otra vez ese diálogo ha sido roto por el ruido de la violencia o por el monólogo de los jefes. La violencia exagera las diferencias e impide que unos y otros hablen y oigan; el monólogo anula al otro; el diálogo mantiene las diferencias pero crea otra zona en la que las alteridades coexisten y se entretienen. El diálogo excluye al ultimátum y así es una renuncia a los absolutos y a sus despóticas pretensiones de totalidad: somos relativos y es relativo lo que decimos y lo que oímos. Pero este relativismo no es una dimisión: para que el diálogo se realice debemos afirmar lo que somos y, simultáneamente, reconocer al otro en su irreductible diferencia. El diálogo nos prohíbe negarnos y negar la humanidad de nuestro adversario. Marco Aurelio pasó gran parte de su vida a caballo, guerreando contra los enemigos de Roma. Conoció la lucha, no el odio, y nos dejó estas palabras que deberíamos meditar continuamente: ‘Desde que rompe el alba, hay que decirse a uno mismo: me encontraré con un indiscreto, con un ingrato, con un pérfido, con un violento. Conozco su naturaleza: es de mi raza, no por la sangre ni la familia, sino porque los dos participamos de la razón y los dos somos parcelas de la divinidad. Hemos nacido para colaborar como los pies y las manos, los ojos y los párpados, la hilera de dientes de abajo y de arriba. El diálogo no es sino una de las formas, quizá la más alta, de la simpatía cósmica’.

Pasando a otro tema: ¿Qué es lo que deja un hombre que escribe y que se rige por una estética, que no es moral, sino ética?

Uno deja lo que es. Los libros. Será juzgado por la estética y por el mensaje, no por la manera en que vivió.

¿Usted cree en que la religión y la política son esenciales para el ser humano?

Yo creo en la religión, en la inmortalidad del alma, lo creí siempre. Simplemente hago una distinción entre la fe y la creencia. Cuando uno crece, la creencia puede

esfumarse, pero la fe permanece y nos dice: 'Sí. Pero te equivocas': La creencia se funda en la razón. La fe es irracional y esta fe irracional puede muy bien subsistir incluso cuando la creencia se debilita.

Cicerón, usted cree que entre el bien y el mal ¿el hombre es dueño de su destino?

No. Es preso de su circunstancia y de su herencia. Pienso que el libre arbitrio no existe, pero los límites son estrechos: si usted ha nacido en un cuchitril, gran parte de su libertad de elección ha desaparecido. Lo mismo, si ha nacido de padres alcohólicos. Nadie es enteramente libre en sus elecciones: si usted es rico y colmado, su libertad de elección está limitada por su mismo éxito.

Se cuenta que Diógenes un día estaba comiendo lentejas, que para los atenienses era el plato de comida más barato, sólo para los que padecían una gran miseria. Al verlo, un militar cercano al emperador, le dijo: Diógenes, si tuvieras la humildad de aceptar los ofrecimientos del emperador no tendrías que estar comiendo lentejas. Diógenes le contestó. Y tú, si tuvieras algo de humildad y comieras lentejas, no tendrías que padecer las humillaciones del emperador.

Se dice que el Mal es necesario, en la medida en que permite elegir entre el Bien y el Mal ¿Cree que el Mal existe?

Sí, claro, pertenece a la condición humana. Puede tomar formas diferentes: el 'Mal' puede ser una falta de generosidad. El 'Mal' puede ser la crueldad, y esos son apenas unos ejemplos.

¿Qué nos puede decir sobre el mundo en estos dos mil años, desde el punto de vista humanista?

Pienso que las cosas se han deteriorado mucho con las guerras, el terrorismo, la destrucción de la naturaleza, y me pregunto a veces, si el mundo no ha sido envenenado por Hitler. Su muerte no puso fin al terrorismo ni al nazismo, más bien introdujo la impunidad del crimen en el mundo, la crueldad. Creo que probablemente ustedes rozan la catástrofe, si 'catástrofe' hoy no quisiera decir guerra nuclear. Me pregunto, ¿cómo podría salir el mundo de la situación económica actual? Se salió de otros marasmos porque hubo guerras. Pero hoy ¿cómo salir sin guerras? Y sin embargo, más guerras llevarían sin duda a la utilización de armas nucleares. Lo único que le puedo decir es que no me gustaría ser joven en este periodo de la historia. Porque ellos tienen mucha razón en no tener confianza en sus mayores. Por eso, para ustedes lo que más les deseo, es la paz personal, en la paz del mundo.

¿A qué atribuye usted, la incesante búsqueda de perfección y con ello de experimentación que tiene el hombre?

A la insaciabilidad del ser humano. La incesante inconformidad le permite acercarse a través de su propia experiencia, a algo que nunca va a obtener, pero que de todas formas lo necesita. El ser humano se diferencia del resto de los animales en que es inconforme. Una araña teje su tela y no dice: 'Ay, quiero cambiar de tela'. Ahí la tenemos a través de los siglos tejiendo su tela. La humanidad está tocada por una incesante necesidad de cambio. Inconscientemente todos nos hacemos la misma pregunta: '¿qué es aquello, que nunca he tenido, que añoro y busco?' Hay algo que nunca hemos tenido pero que añoramos. ¿Qué es? Nadie lo sabe. Estamos tocados por un desequilibrio, por una inconformidad que se manifiesta a través de la experimentación, que puede tener, a veces, consecuencias terribles en el plano político o práctico.

Textos de Cicerón

De la Amistad

Entre muchas y muy grandes ventajas que en la amistad se contienen, hay una que prevalece sobre las demás, a saber: que hace resplandecer delante de sí alegres esperanzas para el porvenir; y no consiente que los espíritus se debiliten y se postren. El que mira a un amigo verdadero es como si viera su propia imagen. Y así, los ausentes se hacen presentes, los pobres, ricos; los débiles, fuertes, y – lo que es más difícil de decir– los muertos, vivos: tanto es el honor, el recuerdo y la añoranza de los amigos, que estos sentimientos les siguen más allá de la tumba. Por eso la muerte de aquéllos parece feliz y la vida de éstos digna de alabanza. Suprimamos del mundo las relaciones de benevolencia, y no habrá hogar ni ciudad capaces de subsistir, ni tan siquiera existiría la agricultura. Si esto no se comprende, las disensiones y discordias pueden hacernos percibir la fuerza de la amistad y de la armonía, porque, ¿qué casa hay tan estable o qué ciudad tan firme que no puedan verse totalmente derruidas por los odios y las luchas intestinas? Son pues evidentes los inmensos beneficios de la amistad.

Pero lo que engendra la amistad, según he dicho más arriba, es ver brillar en otra persona algún indicio de virtud, cuando esto acontece, los espíritus afines se unen estrechamente, y entonces el amor surge por necesidad.

¿Hay nada tan absurdo como deleitarse con una multitud de cosas vanas, honores, gloria, edificios, vestidos y adorno del cuerpo, y no hacerlo con un ser vivo dotado de virtud y capaz, no sólo de amor, sino, por así decirlo, de pagar amor con amor? Ninguna cosa, en realidad, más agradable que la benevolencia recíproca, ni más deleitosa que la mutua alternación de afectos y buenos oficios. Y si a esto añadimos, como es legítimo y razonable hacerlo, el que nada empuja tan irresistiblemente hacia la amistad como la semejanza, no se nos negará de seguro ser verdad que los buenos aman a los buenos y que se los apropian como si les estuviesen vinculados por un natural parentesco. Nada existe tampoco que tanto apetezca lo que se le asemeja ni que en mayor medida lo atraiga hacia sí como la naturaleza.

Téngase por evidente, amigos míos, a lo que creo, que la benevolencia de los buenos para con los buenos, creada por la naturaleza como fuente de amistad, es casi necesaria. Pero esa misma amistad se extiende también a la multitud, porque no se trata de una virtud inhumana, ni inactiva, ni orgullosa, sino que protege a todos los pueblos y mira por sus intereses.

¿Obraría así de no profesarle amor al común de las gentes?

Asimismo creo que quienes se forjan amistades con miras interesadas, les quitan ese lazo que contribuye a hacerlas más dignas de aprecio. Porque no deleita tanto la utilidad obtenida por medio de un amigo, cuando el amor mismo de ese amigo, de donde resulta que lo proveniente de una persona a la que tenemos por tal es agradable cuando va acompañado de afecto, y tan lejos están las amistades de cultivarse en razón de la necesidad, que quienes menos han menester de la influencia, los recursos, y sobre todo, de la virtud de otro, en la cual estriba la mayor suma de ayudas, suelen ser los más generosos y benéficos. Ignoro sin embargo si sería conveniente que el amigo no tuviese en absoluto necesidad de nosotros.

La Ley Suprema

La ley verdadera es la recta razón, a la naturaleza conforme, a todos infundida, constante, sempiterna; que llama al deber, mandando; que, prohibiendo y aterrando, aleja del mal. La que, sin embargo, ni manda o prohíbe en vano a los probos, ni, mandando o prohibiendo, mueve a los ímprobos. Esta ley ni es permitida sustituir; ni quitar de ella es lícito, ni dable derogarla, ni senado ni pueblo exentarnos de ella pueden, ni de comentadores o intérpretes extraños necesita. Ni habrá una ley en Roma, otra en Atenas, hoy una, otra mañana, sino que a las gentes todas, en todos los tiempos comprenderá una ley sola, eterna, inmutable, y todos tendrán uno solo como maestro y soberano; Dios, de esta ley autor, juez dador. Cuyos contraventores huirán de sí propios, y ultrajando la naturaleza humana, padecerán por lo mismo, las mayores penas; aun cuando evadir logren todos los imaginables suplicios.